

Koldo Aldai

# CAMINO, COMUNIÓN Y VIDA

Notas al pie de la Senda



«Seguro que brotará en el lector un irreprimible deseo de caminar de forma sagrada, como a mí me ha sucedido al leer estas páginas.»

Del prólogo de Javier Melloni

# **Camino, comunión y vida**

Notas al borde de la Senda

**Koldo Aldai**



Primera edición en esta colección: noviembre de 2020

© Koldo Aldai, 2020

© del prólogo, Javier Melloni, 2020

© de la presente edición: Estrella Editorial, 2020

Estrella Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1<sup>a</sup> - 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99

[www.estrellaeditorial.com](http://www.estrellaeditorial.com)

[info@estrellaeditorial.com](mailto:info@estrellaeditorial.com)

ISBN: 978-84-17886-87-5

Realización de cubierta y fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

Este libro está dedicado a los hospitaleros y hospitaleras que están devolviendo alma y sentido al Camino, que reciben con brazos abiertos y sonrisa sincera, que ven en el peregrino que llama a su puerta un hermano necesitado de acogida, no un turista con más o menos billetes en el bolsillo.

Estas páginas mojadas por el sudor y elevadas por la contemplación de la Creación, están dedicadas a quienes mantienen viva día a día la senda sagrada, porque saben de un destino igualmente sagrado para el conjunto de la humanidad. En alguna curva alboreará...

Necesitamos la senda para recordarnos y hallarnos, para enfocarnos y esforzarnos. Necesitamos la senda, máxime en estos momentos de zozobra, necesitamos horizonte, razón de caminar... Necesitamos propósito cuando el propósito es salpicado de barro. Necesitamos Aurora cuando todos los días nos saluda el mismo y estridente timbre.

Necesitamos hacernos con la seguridad de que la Ruta nunca se acaba, de que con cada mañana nos aguarda una aspiración superior, nuevos y esperanzados encuentros, nueva caricia de Sol en este caminar infinito... Necesitamos saber que en la niebla más cerrada siempre hay una flecha amarilla, siquiera un viejo y descascarillado mojón que nos

sacará a la recta y noble dirección. Necesitamos altura, mapa y Norte para cobrar seguridad de que no avanzamos a la deriva.

Hay muchos de esos guardianes del Camino. Cito a los que he tenido la suerte de conocer más de cerca como Joxelu y Elixabeth del albergue Belilari en Donibane Garazi (Saint Jean de Pied de Port), como Javier Yela del albergue de Samblismo (Asturias), como José del albergue «A Pedra» de Sarria (Lugo), Xabi de O Couso (Lugo), Joxemi de Monreal (Navarra)...

Dedico por último este libro a mi hermano en el Camino, Joxemi Iriondo, que recién avanza por una Senda más clareada, con una mochila sin peso. Ez adiorik, gero arte besterik! (¡Solo un hasta luego!)

«Cada día es un paso más, cada día es un paso más. Hacia Ti, Gran Espíritu, hacia Ti, un pasito más...».

#### CANTO ANÓNIMO

«La verdadera evolución es una ascensión continua. Pero durante esta ascensión cada uno pasará inexorablemente por altos y bajos, subidas y bajadas; debemos saberlo para no desanimarnos y perseverar. Un día habrá más subidas que bajadas, y Dios, como un padre benevolente, perdona a sus hijos que reconocen sus errores y deciden corregirlos.

»Es imposible elevarse sin ningún desfallecimiento. Lo esencial es haber emprendido el camino de las alturas, el del amor y de la sabiduría que conducen a la verdad. Si mientras estáis en este camino debéis retroceder, no es grave. Lo esencial es que mantengáis la misma orientación, que conservéis presente en vosotros el mismo objetivo, el mismo ideal, que siempre tengáis la mirada fija en la cima a alcanzar».

OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV (1900-1986)

# *Sumario*

*Prólogo de Javier Melloni*

*Introducción*

*Te ofrezco mis pasos*

Peregrinaje solitario

Paseos

Comunión que camina. Peregrinaciones colectivas

*Epílogo*

*Prólogo a*  
Camino, comunión y vida  
*de Koldo Aldai*

La voz de Koldo es inconfundible, ya sea escuchándolo hablar o leyéndolo. Quien la ha oído o leído una vez, la reconocerá para siempre. Hay en ella una fuerza que reverbera tanto a través de sus cuerdas vocales como de su escritura. Cada frase, cada palabra, contiene la totalidad. Esto sucede porque todo él está íntegramente presente en lo que dice y escribe.

En esta obra nos ofrece una recopilación de escritos sobre su experiencia del caminar. En cada página resuenan los pasos de sus andaduras, algunas lejanas, otras recientes, unas solitarias y otras compartidas, pero siempre solidarias. No es difícil imaginar su cuerpo enjuto y a la vez fibroso dando un paso tras otro por los diversos parajes que describe, ya sea encaminándose a lugares explícitamente sagrados o convirtiendo en sagrados los lugares no reconocidos tradicionalmente como tales. Y es que lo que hace sagrado un camino, un paisaje o un lugar es el modo de caminarlo.

Caminando, Koldo aprende de su entorno y de las diferentes personas que salen a su encuentro. Campesinos, pastores, veterinarios, pescadores u otros andantes y peregrinos se convierten en sus maestros. Y junto al factor humano, nos comunica la sacralidad de la madre Tierra:

¿Por qué no retornamos más a menudo en soledad a las alturas? Intimar en privada audiencia, quizás no con las más altas Jerarquías ocupadas en otros más importantes menesteres, pero sí con los grandes ángeles o *apus*, cuyo cuerpo de manifestación son esas soberbias montañas, testimonio de fortaleza y serenidad inamovible. Acercarnos a esos poderosos seres que, desde tiempos remotos, aguardaban por fin nuestros pasos admirados, reverentes.

Los bosques, las llanuras, los peñascos y también el mar, el gran compañero de los habitantes de la costa, se convierten en sus interlocutores. Los sonidos, los olores, los roces y los colores lo van tomando y embriagando:

La plegaria no es bajo la lluvia, más bien es con la lluvia. Camino con ella en privilegiada unión. A menudo se aplica con fervor y sus gotas alcanzan la piel desnuda. Puede ser el cómodo dedo del pie o el atrevido cuello. A veces se une el hermano viento y entonces es sinfonía.

Si el cuerpo aguantara, no dejaría nunca de caminar. El sonido del cayado nunca callaría.

Su sonido atrapa cada día un poco más el gozo del Camino, hasta el punto de desear que las flechas amarillas nunca se acaben, que la Senda no tenga su fin [...]. Es entonces cuando te asalta inevitablemente la idea de cómo servir al mundo con un bastón en la mano y una mochila al hombro; cómo ser servicio en la condición de mero peregrino; cómo ser útil con unos simples pasos.

Su modo de conocer es caminando. Así es cómo recorre y es recorrido por los lugares que le llaman. De ahí brotan convicciones como estas:

Una tierra comienza a ser tuya cuando tus pasos se posan sobre ella con ternura y la caminas con cariño; cuando sus bosques te hablan, sus ríos te interpelan, sus mares te abrazan. Una tierra comienza a ser tuya cuando duermes sobre sus hojas caídas y sus firmamentos se clavan en tus retinas, cuando te aseas en sus fuentes y renaces entre sus olas. Una tierra comienza a ser tuya cuando tu sudor la va empapando día tras día y la oración aflora silente en sus alboradas, cuando su lengua se acomoda a tus oídos, tu

espalda a sus árboles, tus ojos a sus verdes horizontes. Cierto, no hay patria, pero en algún sendero ha de brotar el poema, bajo algún ancho alero reposar el cuerpo agotado...

Así es su sentir, tierno y recio a la vez. También comunica con honestidad su desasosiego al perder la cámara de fotografiar y luego la liberación que siente por haberla perdido. Lo mismo le sucede con un libro electrónico: lo lleva cargado de títulos hasta que se da cuenta de que no hay mejor libro que la naturaleza que le circunda. Tiene la humildad de bendecir «al rey y al vagabundo», porque se identifica con ambos: tanto con la comodidad de una buena cama y una buena comida que pueda hallar en un albergue, como con la libertad del vagabundo que vive al raso extasiado ante la bóveda de las estrellas.

A su vez, las notas de sus diarios desvelan ráfagas de momentos diferentes de su vida. Pensamientos de alguien que ya ha caminado mucho y tiene perspectiva para reflexionar sobre sus pasos. Al calor de una hoguera, observa:

Apenas desprende humo el pasado. No crepitan los errores antiguos. En medio de aquella inmensidad, la sombra no hace ruido cuando arde por dentro. No quemamos botas raídas, camisetas sudadas, ni calcetines olorosos, pero sí lastre hediondo de algunos caminos.

Pasando cerca del mar, ve jóvenes surfeando las olas, lo cual le suscita los siguientes pensamientos:

Entre los pósteres de puños alzados no hicimos sitio para la «frívola» tabla de surf. No fue seguramente un tiempo perdido, pero demasiadas olas se deshicieron y escondieron en la arena mientras ensayábamos aquella revolución imposible. Vamos a nacer de nuevo, vamos a cabalgar las olas, a

reír con ellas. Vamos a caminar encima de los océanos. Vamos a construir una nueva tierra en la que los jóvenes no se vean en la necesidad de agotar sus gargantas por las calles.

Estas páginas entablan un diálogo con nuestra sociedad del bienestar, o del malestar:

Peregrinar nunca es competir, por más que ello implique renuncia a un descanso blando. Poner la mente en «modo comida» o en «modo cama» es malograr el Camino. Ya he echado a perder demasiados kilómetros de esa forma.

Su caminar está atento a los paisajes de hoy, cruzados por carreteras y autopistas. No se escandaliza ni se queja de ello, sino que sabe ver lo positivo de cada situación. Es característica de todo el libro la positividad de su mirada y de sus comentarios. En ellos no hay acritud, cinismo o ironía, sino el convencimiento de que una Mano Invisible guía este mundo y nos permite crecer y avanzar:

Nosotros también somos la autopista, su orgullo destructor, su humo, su escándalo. Nuestros alimentos y necesidades se trasladan en las grandes cajas de sus camiones. Viajamos rápido gracias al cómodo tránsito que procura la red de autopistas. No sea en balde el sacrilegio. El «progreso», que a veces causa tanto daño a la Madre Naturaleza, pueda servir a superiores valores. La moderna «civilización» traiga cuando menos su debida recompensa en forma de acercamiento entre los humanos, de consagración del ideal fraterno. El asfalto omnipresente sirva a la postre para el progreso de la unidad humana.

En Tierra Santa, sigue perforando lo que aprecian sus sentidos, que no captan solo lo visible, sino también lo Invisible:

Allí no es difícil sacar del escenario lo que le sobra para ser Escenario. No es complicado sacar de esas carreteras algo de gris y polvo para que devengan Camino.

Sería desmesurado orgullo afirmar que frente a ese Lago de inmensa paz nos alcanza el recuerdo. Sí, quizás sí, recuerdo de todas las veces que nuestra alma aspiró con desbordante fuerza ser unos pasos más tras Sus Pasos.

Siguen sucediéndose diversas tierras y paisajes a los que imprime un sello inconfundible con sus observaciones y comentarios.

Deja para el final las crónicas o notas de diversas caminatas colectivas en nombre de la paz o de la unidad de las tradiciones espirituales. De ahí surgen ráfagas como estas:

No envidiamos a los coches que pasan veloces. Estamos a gusto calzando las sandalias de la emergente paz. «Continuaremos aunque sea con los pies rotos...».

A la noche un peregrino nos regala, en un español italianizado, estas sentidas palabras en el círculo: «Yo aún no sé lo que es la paz. Solo sé que en vuestra compañía siento más paz». Añade después: «Me he fijado en que en los pueblos, cuando cantamos, el rostro de la gente cambia».

Las diferentes tribus y movimientos espirituales compartimos canto y puchero, frescor de la mañana y plomizo sol del mediodía, círculos de la tarde y techo unas veces estrellado, otras de uralita al caer el día. Tuvimos sobrada oportunidad de vivenciar, desde el comienzo al fin del camino, la sensación de un solo latido, un solo corazón.

No deja de tener un comentario de agradecimiento por lo que no pasa desapercibido a su mirada penetrante, esta vez dirigido al equipo de intendencia:

Siempre burlaban la aurora. Sus sombras ya se agitaban entre el trasterío antes de la hora acordada. Los abrazos matutinos eran siempre en la penumbra, al calor de una avena que ya comenzaba a soltar su harina, de un

café que ya osaba, con su único aroma, inundar el campamento. Solo la recia llama bajo los grandes pucheros competía con la luz de un grato día que despertaba.

Mientras leía el manuscrito de Koldo, cayó en mis manos el breve opúsculo de Henry David Thoreau sobre el *Caminar*. A casi doscientos años y a unos cinco mil kilómetros de distancia ambos hablan de lo mismo y ambos dicen lo mismo. Uno y otro podrían intercambiar sus párrafos y no reconoceríamos quién de los dos los ha escrito. Ambos meditan caminando. Cada cual ha de encontrar su modo de adentrarse en su adentro para estar más lúcido y disponible para servir a su generación. Escribe Koldo: «*¡Ultreia et suseia! ¡Deus adjuva nos!*» («¡Más arriba, más lejos! ¡Ayúdanos, oh Dios!»).

A este saludo que se daban los peregrinos y que se remonta a la Edad Media, podríamos añadir: *¡Intreia!* («¡Más adentro!»). Las tres dimensiones engrandecen al ser humano, las tres nos acercan a lo que estamos llamados a ser: *adelante*, venciendo obstáculos; *arriba*, aprendiendo a mirar más alto al tomar distancia respecto de nuestras estrechas trincheras y barrancos, y *adentro*, hacia esas profundidades inacabables que nos conectan con todo y con todos.

Este libro venera de forma implícita a todos nuestros ancestros que han caminado por el planeta desde que salieron de África hace unos tres millones de años. Como signo de comunión con todos ellos, valgan estas palabras del pueblo originario lakota:

Cada paso que des en la tierra debe ser una plegaria.  
La fuerza de un alma pura y buena  
está en el corazón de cada persona  
y crecerá como una semilla  
cuando camines de forma sagrada.  
Y si cada paso que das es una plegaria,  
entonces caminarás siempre de forma sagrada.

Tal vez estas palabras sean las que mejor expresen lo que el lector encontrará y reconocerá en estas páginas. Seguro que brotará en él o en ella un irreprimible deseo de caminar de forma sagrada, como a mí me ha sucedido al leerlas.

Volvemos del fin del mundo. ¡Ojalá también del final de nosotros mismos!  
Cegados de belleza, volvemos sobre nuestros pasos.

Javier Melloni  
Manresa, 8 de enero 2020

# *Introducción*

El invierno nos aseguró que no nos cerraría los caminos y, sin embargo, estamos aquí arañando paredes, agotando leña, endulzando tisanas. La llama caliente todo lo que se le acerca, incluida la siempre caprichosa nostalgia.

El invierno se guardó los caminos, los escondió bajo un manto blanco, pero no sabe que iremos con palas y cubos y de nuevo los gozaremos, los oraremos, los cantaremos. No sabe que nunca pararemos de andar, pues recorrer la creación, caminarla con conciencia, con amor en los pies y los labios, es la forma que hemos escogido para volver a ser uno con ella.

En medio del invierno agradecemos la tisana que alegra la garganta y el fuego que desentumece el cuerpo. Solo echamos en falta las ampollas que devoran los pies y la mirada que abarca horizontes. En mitad del invierno no contamos los días que restan para la primavera, sino para coger bordón, calzar la mochila al hombro y embriagarnos a cada paso, a cada trago de Madre Tierra.

*Te ofrezco mis pasos*

Soy un peregrino en el camino del amor. No camino solo, y sé que las grandes almas y yo somos uno y el servicio que prestamos es uno. Su fuerza es mía. Esta fuerza la reclamo. Mi fuerza es de ellos y la entrego voluntariamente. Como Alma camino en la tierra.

#### MANTRA ENTREGADO

POR MAESTRO TIBETANO A R. ASSAGIOLI

Ya no habrá crónica feliz al pie de la Senda del Gozo. Es hora de recoger todas las letras esparcidas por tantos caminos. Es preciso recordar para no olvidar. En este fuego se acaba la hojarasca que parecía infinita, se detienen todos los caminos que he hollado con devoción y placer. En estas llamas de hogar mueren los bosques alfombrados, las rías anchas de Ferrol, las olas poderosas de Fisterra, las mansas playas de Portugal... Las botas me miran con justificado recelo cuando calzo calcetines gordos y zapatillas de casa. El alma sigue reclamando su diaria cuota de aventura, éxtasis y flechas amarillas.

El Camino da para mucho más que simplemente caminarlo. Por eso siempre llegaba el último a los refugios, por eso descansé tantas veces en el cuarto de la lavadora. Por eso ahora intento reunir todas estas notas tomadas al borde de la Senda.